

JUAN CARLOS PORTANTIERO

"HAY PELIGRO DE DISGREGACIÓN"

El reconocido sociólogo desglosa las principales conclusiones de un trabajo que le encomendó la ONU sobre la democracia. La crisis de representatividad y el sentido de los nuevos movimientos sociales. El fracaso de la política y del Estado oculta, según su análisis, el fracaso del capitalismo argentino. "De eso nadie habla", acusa.

En los últimos años, la protesta protagonizada por los pobres y los piqueteros no logró cambiar las cosas. Cuando en diciembre la clase media empezó a ocupar las calles, el sistema se quebró y, de a poco, comenzó a articularse una acción entre sectores medios y pobres. Hoy, cuando el universo de los sectores populares está formado por víctimas (fragmentados y excluidos), ¿alcanzará la acción de esas mismas víctimas para sacar a la Argentina de su colapso? Es la pregunta que se formula el sociólogo Juan Carlos Portantiero, quien viene trabajando junto a sus colegas Osvaldo Pedroso y Edgardo Moca en un informe para el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre la crisis de la política en nuestro país.

En el mundo globalizado, las crisis en los países emergentes (México, Brasil, Ecuador, Malasia, Rusia) ya son un clásico. Pero la argentina parece mucho más global que las otras...

Bueno, se trata de una crisis que es, a la vez, social, económica y política. En este informe sobre la democracia en Argentina que preparamos con los colegas Osvaldo Pedroso y Edgardo Moca no estamos indagando sobre la democracia en cualquier contexto, sino en el de una brutal crisis económica y social, al cabo de cuatro años de recesión. Las consecuencias de esta crisis son, sin duda, más profundas que las de un sacudón de la economía.

¿Qué han buscado con su trabajo?

El eje del informe es la crisis de la política. Trabajamos con 24 grupos motivacionales en todo el país y una encuesta cuantitativa de 1.800 casos que hicimos en octubre pasado y que ahora vamos a volver a cotejar por todo lo que sucedió desde entonces. Venimos averiguando cómo perciben el tema los ciudadanos. Otro trabajo ha sido la percepción de unos 45 políticos encuestados, y un tercero el de la sociedad civil: empresarios, sindicalistas, cultos religiosos, periodistas, etcétera. En marzo de 2003 tendremos listo el trabajo, pero ya tenemos algunos resultados: vemos que desde el 83, cuando se recupera la democracia, se suceden varias crisis severas (los intentos golpistas carapintadas desde 1987, la hiperinflación en el 89, el cambio brutal de reglas de la economía con Menem). Pero la de hoy parece una crisis de final de época, no tanto porque ahora pueda pensarse en cambios revolucionarios sino porque cierto modelo ha llegado a su fin.

Venimos escuchando a algunos políticos hablar del final del régimen, pero todo queda en un concepto vago.

No es una entelequia, porque el hecho de que el modelo económico que ha producido la crisis social se conjuga con una percepción ciudadana que viene de atrás acerca del rol

central que tiene que jugar la política para resolver los problemas, produce un quiebre. Hay una ruptura entre lo que se espera que la política haga y lo que efectivamente puede hacer. Y eso provoca un enorme vacío de representación. Entonces la gente acusa de ineficiencia, corrupción, etcétera.

¿Las demandas de la gente son desmedidas?

No. Son lógicas. Pero, en una situación mundial que se ha redefinido después de los 90, los instrumentos de política que tienen los Estados nacionales se fueron debilitando. No estoy disculpando a los políticos por sus falencias; al contrario, creo que no han jugado a fondo. Pero hay un marco general en el cual hoy los Estados pueden menos.

¿La gente tiene una percepción clara de la profundidad de la crisis?

Depende de la intención de su pregunta. Toda sociedad aspira a niveles de bienestar y reclama cuando esos niveles decrecen o se pierden. Eso explica la rebelión de la clase media. Los pobres estructurales lo han sido siempre y no tienen expectativas de cosas de las que han sido privados. La clase media, sí. Y esto incide sobre la temperatura de la sociedad. Durante los últimos dos o tres años, la protesta social estaba encarnada en los sectores más pobres, y los piqueteros fueron emblemáticos. Generaron conflictos sociales. Pero las cosas no se modificaron.

Era una suerte de continua implosión...

Que se iba encapsulando. En cambio, cuando la clase media se lanza a la protesta, recién entonces cambia el panorama del país. Sectores que no se habían movilizado antes comienzan a actuar con la conciencia de que estaban perdiendo cosas y se produce esta combinación, que todavía no articula, pero que puede hacerlo, entre la protesta de los sectores más desprotegidos, emblemáticamente los piqueteros, y el cacerolazo como expresión de la clase media.

Ahora, mientras se percibe cierta capacidad del sistema de controlar a los piqueteros y saqueadores mediante punteros políticos y sindicales, la clase media es un actor incontrolable porque no tiene formas organizativas definidas; sale espontáneamente, sin representantes...

Es así. Además, las demandas de los piqueteros son muy concretas: comida, planes Trabajar, etcétera, y pueden ser, aunque no resueltas, más o menos acotadas. En cambio, el reclamo de la clase media toca mucho más profundamente ciertas estructuras que hacen más difíciles las respuestas. Si sólo pensamos en el tema del corralito y los ahorros, todo eso tiene que ver con la estructura del sistema financiero y, en definitiva, con quienes controlaron el modelo de acumulación en los últimos 25 años en Argentina. Y no es una demanda fácil de resolver.

Pero, además, la clase media no plantea una única demanda sino muchas.

Todo deriva en una gran ordalía antipolítica, que no aparece en el reclamo de los piqueteros y que se resume en una consigna: "Que se vayan todos". Es una consigna peligrosa. ¿Qué quiere decir? ¿Quién ocupa el lugar de los que se van? Lo que aparece, aparece como un lugar de vacío. Y es peligroso porque el momento suena propicio para

que irrumpen fuerzas exteriores a la política, como sucedió clásicamente en nuestra historia.

¿Habla de un golpe militar?

Creo que, por el momento, no hay ese peligro. Pero deberíamos encender un alerta. Es cierto que los liderazgos alternativos no se crean de la noche a la mañana, pero también es cierto que el vacío siempre se llena. O sea que no hay peligro de muerte inminente para la democracia, pero hay luces amarillas que observar.

¿Cuáles?

Si bien, según nuestra encuesta, la democracia sigue siendo el mejor de los regímenes posibles para seis de cada diez argentinos, en 1995 lo era para ocho de cada diez. O sea que hay un descenso en la valoración positiva de la democracia. Y cuando uno escarba un poquito a ver qué se entiende por democracia, se ve que la democracia tiene que ver con la satisfacción de los derechos sociales. Y es lógico, por lo que está pasando. Por lo tanto, a un 40 por ciento de la ciudadanía no le importa que sea un gobierno autoritario el que le resuelva los problemas.

¿Usted cree que cuando ocho de cada diez argentinos preferían la democracia éramos más democráticos que hoy?

Es probable que se haya fragmentado la lucha por los derechos humanos, por un lado, y los sociales por el otro. Cuando se recuperó la democracia, la situación económico-social no estaba tan degradada. Seguramente no podríamos explicarnos nada de lo que hoy sucede sin cuatro años de recesión, sin un 20 por ciento de desocupados, sin 15 millones de pobres. Cuando llega la post democracia, los derechos sociales se daban por adquiridos mientras que la dictadura había vulnerado los derechos civiles y políticos. La ciudadanía debe ser entendida no como suma sino como articulación de derechos.

¿Qué otras novedades surgen de los resultados preliminares de su encuesta?

En todas las sociedades se colocan casi en primer lugar las expectativas de bienestar, pero cada una procesa esta expectativa de manera diferente. Y uno podría hablar de distintos tipos de ciudadanía. Junto con otros países latinoamericanos, nosotros tenemos una ciudadanía "nacional popular" por oposición a otro tipo de ciudadanía que es más republicana. Esto es así porque acá los derechos sociales se consolidaron hacia los años 40, mucho antes que los derechos políticos.

¿El peronismo es culpable de las dos cosas?

Sí. Tanto del refuerzo de los derechos sociales como de la mengua de los derechos políticos y civiles.

Y luego los sucesivos golpes militares...

Y, como consecuencia de todo eso, la ciudadanía mira al Estado como el lugar que debe brindarle ciertos derechos. En cambio, la ciudadanía republicana más típica de Chile o Uruguay aspira a los mismos derechos, pero piensa que éstos tienen que ver con la

organización de la sociedad civil, de abajo hacia arriba. Y no con el Estado, o sea, desde arriba hacia abajo.

La gente quiere que el Ejecutivo resuelva el corralito, el reemplazo de la Corte, la detención de los corruptos. Es como si faltara la idea de la división de poderes.

En nuestra encuesta aparece muy claro. Todo debe resolverlo el Presidente. No es una idea muy republicana. Claro que la crisis acelera los cambios de conciencia. Y ya hay gente cuestionando directamente a la Corte y a los bancos, lo que significa que se percibe mejor a los distintos factores de poder. Es cierto que el reclamo sobre la Corte, que viene haciendo tropelías desde 1990, no fue tanto porque indultó a Menem sino porque avaló el corralito.

¿Esto podría indicar que el cacero lazo tiene horizontes limitados?

Habrá que ver.

¿Cuáles son los fenómenos más inéditos del momento?

Sobre todo, la desobediencia civil de la clase media. Nunca se dio este grado de movilización, primero tan espontánea y quizá ya no tanto. Y también es inédita la ruptura casi total de los vínculos entre política y ciudadanía. Esto fue visible en las últimas elecciones, donde los mayores partidos perdieron muchos votos pero las terceras fuerzas tampoco se consolidaron. Si ahora volviera a haber elecciones, se repetiría el cuadro de octubre, profundizado.

Cuando se escuchan discursos reclamando promover la producción nacional y redistribuir la riqueza, uno se pregunta si existe una coalición real de sectores que puedan brindar poder real a ese discurso.

Esto permite hacer una reflexión de largo plazo: aquí fracasaron la política y el Estado, pero, básicamente, fracasó el capitalismo. Y sobre esto nadie discute. El capitalismo argentino siempre fue de renta. Lo fue en la época de oro, entre 1880 y 1930, cuando vivíamos de la feracidad de las pampas y de la renta diferencial, que permitía una acumulación e incluso cierto derrame de riqueza que impulsó la constitución de las clases medias, pero con una mentalidad de renta. El capitalismo industrial argentino, posterior a la crisis del 30, también fue rentístico, vivía de subsidios, protección, etcétera. Ese perfil rentístico se ha potenciado en un mundo dominado por la renta financiera. Entonces, tenemos la transformación de productores en importadores, la liquidación de las empresas y la valorización financiera de esos capitales.

¿O sea la virtual inexistencia de una clase productora?

No hay casi un agente económico al estilo brasileño o chileno que sea capaz de tomar sobre sus espaldas la acumulación de capital y el desarrollo. Si este país no crece y si tiene en manos ajenas la mayor parte de la economía, la responsabilidad de esa falta de acumulación está en quienes tienen el capital. Si sumamos un Estado quebrado sin capacidad para transformarse en agente del desarrollo, no podríamos tener otra situación que ésta, es decir, la de un capitalismo incapaz de asegurar el crecimiento económico, la productividad y el derrame de riqueza hacia el resto de la sociedad.

¿Cuál sería el agente al que podrían remitir los discursos del desarrollo o de la redistribución de la riqueza?

Es difícil saberlo. Porque uno podría decir: "Bueno, existe esa falencia de lo que antes se llamaba burguesía nacional, pero hay otro campo en donde el intelectual y el político podrían encontrar bases de apoyo para un proceso de cambio, que son los sectores populares". Pero hoy esos sectores populares están fragmentados, excluidos y desarticulados y, por lo tanto, más que actores sociales son víctimas, y actúan como víctimas. Y, en ese sentido, las víctimas pueden expresar grados muy altos de protesta social, pero difícilmente puedan encarar movimientos de transformación.

¿Cuáles son los mayores peligros de hoy?

Yo descartaría el peligro de un autoritarismo militar clásico, porque no hay en la sociedad voluntad de apoyar una salida militar y porque las Fuerzas Armadas tampoco están en condiciones. En cambio, veo un peligro de disgregación, de vaciamiento del poder político, de protestas ciudadanas que pueden cobrar formas violentas pero que no dan respuesta global a los problemas. Veo, por lo tanto, que la decadencia puede durar un tiempo. Es curioso porque tenemos una situación del sistema político que parece óptima: nunca hubo un gobierno con semejante mayoría parlamentaria y sin acción opositora. Sin embargo, esa mayoría parlamentaria no es mayoría política. Ni Alfonsín ni Menem tuvieron semejante respaldo y, a la vez, no ha habido gobierno más débil que éste.

¿Cómo se recupera ese vínculo entre política y sociedad?

No es sencillo. En la globalización del siglo XIX, lo que Argentina vendía interesaba al mundo. En esta nueva globalización, no parece tan claro. Creo que dependemos cada vez más de América Latina, especialmente en el camino de los acuerdos regionales. Y de pensar de nuevo dónde está nuestra viabilidad. Apenas tenemos el punto de partida de saber que hay un rumbo que acaba de clausurarse.

FOTOS MARTÍN FELIPE